

6ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 6,17. 20-26.

En aquel tiempo, bajó Jesús del monte con los Doce y se paró en un llano con un grupo grande de discípulos y de pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón.

El, levantando los ojos hacia sus discípulos, les dijo:

-Dichosos los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.

-Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados.

-Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis.

-Dichosos vosotros cuando os odien los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del Hombre.

Alegraos ese día y saltad de gozo: porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas.

Pero ¡ay de vosotros, los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros, los que estáis saciados, porque tendréis hambre! ¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis! ¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Eso es lo que hacían vuestros padres con los falsos profetas.

LA MEJOR MANERA DE VIVIR

En el centro del Evangelio de hoy están **«las Bienaventuranzas»**. Es interesante observar que Jesús, a pesar de estar rodeado por una gran multitud, las proclama **«volviéndose hacia sus discípulos»**. Habla a los discípulos. Y es que las Bienaventuranzas, de hecho, definen **«la identidad del discípulo de Jesús»**.

La primera es la base de todas las demás: **«Dichosos vosotros, los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios»**. Jesús dice dos cosas de los suyos: que **«son dichosos»** y que **«son pobres»**. Incluso dice más, que **«son dichosos porque son pobres»**.

Y es que el discípulo de Jesús no encuentra su alegría en el dinero, en el poder u otros bienes materiales, sino en los dones que recibe cada día de Dios: **«la vida, la creación y los hermanos y hermanas»**. Y los bienes que posee los comparte con gusto, porque vive en la lógica de Dios. Y ¿cuál es la lógica de Dios? **«La gratuidad»**. El discípulo **«ha aprendido a vivir desde la gratuidad»**. Esta forma de **«pobreza evangélica»** supone **«una actitud frente a la vida»**, una actitud en la que el discípulo de Jesús, no se siente superior a nadie, ni cree que lo sabe todo, pero lo que sí sabe es que debe **«aprender cada día»**. Y como vive con esta actitud, es una **«persona humilde y abierta, sin prejuicios ni rigideces»**.

Hay un bello ejemplo que encontramos en el Evangelio del domingo pasado. Simón Pedro, pescador experto, acepta la invitación de Jesús de echar las redes a una hora inusual. Y luego, lleno de asombro por la prodigiosa pesca, deja la barca y todas sus posesiones para seguir al Señor. **«Pedro demuestra ser dócil dejándolo todo y así se convierte en discípulo»**.

Sin embargo, quien está demasiado apegado a sus propias ideas y a las propias seguridades, es muy difícil que siga realmente a Jesús. Lo sigue un poco, en las cosas en las que **«está de acuerdo con Él»**, pero luego, en otras, no le sigue. Y así cae en la **«tristeza»**. La realidad se le escapa de sus esquemas mentales y **«se siente insatisfecho»**.

El discípulo, en cambio, **«sabe buscar a Dios»**, humildemente, cada día, y eso le permite adentrarse en la realidad de la vida, **«acogiendo su belleza y su dificultad»**. El discípulo, en otras palabras, **«acepta la paradoja de las Bienaventuranzas»** que declaran que es **«feliz»**, quien es pobre, **«quien renuncia a la mundanidad»** y así lo reconoce.

«Humanamente se nos induce a pensar de otra manera». La felicidad que busca el mundo consiste en **«disfrutar sin pagar ningún precio»**. Disfrutar cada momento, satisfacer deseos, evitar lo desagradable, mirarse solo a sí mismo. Es feliz quien está lleno de comodidades y de bienes, quien recibe aplausos y es envidiado por muchos, quien tiene todas las seguridades.

El mundo «*intenta hacernos creer*» que vivimos en un oasis de satisfacciones cuando la realidad es que la vida humana está llena de «*dificultades y sinsabores*». En definitiva, «*negar la realidad*». Pero este no es el pensamiento de las Bienaventuranzas. Las Bienaventuranzas nos ofrecen «*otro código de felicidad*», una felicidad basada en «*una comprensión más profunda y más comunitaria de la persona humana*».

Las Bienaventuranzas no son preceptos para salvarse, ni mandamientos de la nueva ley, ni reglas ascéticas de sufrimiento para conseguir la vida eterna. Son, simplemente, «*la mejor manera de vivir*», una forma de vida que consiste en «*tomar a la humanidad en serio*», trabajar por ella y hacer de la vida personal un servicio útil. Y, por supuesto, «*sentirse muy bien así*», muchísimo mejor que atendiendo a otras metas como ganar mucho dinero, salir de compras a diario o tener influencias y contactos.



Con las Bienaventuranzas «*Jesús declara que el éxito mundial es un fracaso*», porque se basa en un «*egoísmo que infla*» y luego deja un «*gran vacío en el corazón*». Y así, con las Bienaventuranzas, el discípulo toma conciencia de que no es Dios quien debe entrar en nuestras lógicas, sino que «*somos nosotros los que debemos entrar en la lógica de Dios*».

Y esto es un «*proceso lento*» y a veces fatigoso, pero que siempre va «*acompañado de alegría*», la alegría que nos viene de Jesús, la alegría de hacer el bien. Porque, no olvidemos que la primera palabra que Jesús dice es: «*bienaventurados*», es el sinónimo de ser discípulos de Jesús. Y es que el Señor al «*liberarnos de la esclavitud del egocentrismo*», abre nuestros corazones a «*la verdadera felicidad*», que a menudo se encuentra allá donde nosotros ni tan siquiera podemos imaginar. «*Es Él quien guía nuestra vida*», no nosotros, con nuestras ideas preconcebidas o nuestras exigencias.

Y surgen las preguntas: «*¿tengo la disponibilidad del discípulo?*» O ¿me comporto con la rigidez de quien se siente cómodo, se siente bien y cree que no necesita nada? ¿Ante la paradoja de las Bienaventuranzas, «*me fío de Jesús, como hizo Pedro*», antes de la pesca milagrosa? O ¿me aferro a mi lógica y me mantengo dentro del perímetro de mis ideas? Y luego, con la lógica de las Bienaventuranzas, más allá de las penurias y dificultades «*¿siento la alegría de seguir a Jesús?*» Este es el rasgo más destacado del discípulo, la alegría del corazón, y esta es la piedra de toque para saber si soy un verdadero discípulo de Jesús «*¿Tengo alegría en mi corazón?*» Que la Virgen, la primera discípula del Señor, nos ayude a vivir como discípulos abiertos y alegres. ¡Que así sea!